

cia por lo pronto un lugar de retiro y refugio; y esto viene tambien en apoyo de la conjetura de que esta poblacion fué habitada algunos años mas que las destruidas por Cortés en las márgenes de Champayan.

Para terminar el presente artículo, haré constar aquí que en la montaña de la Palma se encuentran todas las diversas clases de maderas que se usan en la actualidad en Tamaulipas, en la construccion de las fincas rústicas y urbanas; los terrenos de esta montaña en toda su extension son propios para la agricultura; en ellos se hallan varias frutas silvestres como la guayava, el jovo, la coma, el zapote chico y la pitajaya; ahí se tiene tambien una caza abundante de venados, tejones, javalíes, guajolotes y chichalacas; y ademas se encuentran en las pendientes de esta cordillera que miran al lado del Este y próximos á las ruinas, algunos ojos de agua potable y de buen gusto, que ni en las secas mas fuertes que se han sufrido por aquel rumbo se han llegado á agotar.

Todas estas ventajas reunidas decidieron tal vez á los antiguos moradores de aquel suelo, á elegir en el centro de la pequeña serranía de la Palma, el asiento de una de sus ciudades principales; así como en sus últimas prominencias del Sur que van á terminar sobre las orillas de los lagos, levantaron tambien la no ménos extensa ciudad de Miradores.

Desgraciadamente los nombres primitivos de estas dos poblaciones no han sido conservados por la Historia, y no son tampoco conocidos ni por los mas viejos de entre los actuales habitantes de los alrededores. Forzoso pues me ha sido con respecto á este punto, conformarme con los nombres con que se les conoce al presente.

## V

### LAS RUINAS DE CHAMPAYAN Y BAJO TAMESÍ.

En la finca de San Francisco, que está situada á cuatro leguas al Poniente de Altamira y en las márgenes de la laguna de Champayan, existió en la época de la conquista de México por los españoles, una poblacion no ménos grande y poblada que lo que revelan haber sido las ruinas de Miradores y la Palma, de que acabo de ocuparme.

Los indicios ó restos de construcciones indígenas que se encuentran en los terrenos de esta finca, se extienden en un espacio de cerca de un cuarto de legua de diámetro, y no dudo en afirmar que la poblacion que ahí existió fué una de las asaltadas y destruidas por Cortés en su expedicion por los lagos del Norte de Chila.

Hace poco mas de treinta años que la superficie de terreno ocupada por las labores y fincas de San Francisco, eran selvas impenetrables, cuya exhuerante vegetacion hubiera hecho creerlas de la mas remota antigüedad.

Nadie al ver aquella espesura hubiera pensado que bajo su eterna sombra estuvieran ocultos los escombros de un pueblo.

Mas un dia se eligió aquel sitio para formar un rancho, tal vez por la pintoresca perspectiva que por todos lados ofrece ahí el paisaje, ó bien por la ventaja de que al traves de la laguna y por los diferentes brazos y esteros del rio Tamesí, es practicable la navegacion en canoas hasta el puerto de Tampico; y entónces cuando el hacha del labrador hubo derribado la montaña, quedaron descubiertas las ruinas de una

ciudad indígena de cuya descripción trataré brevemente, porque lo que sobre ellas pudiera decir lo he dicho ya respecto de las anteriores.

En los primeros años en que los labradores se ocuparon en abrir aquellos terrenos con los barbechos que anteceden á las siembras, y comenzaron de este modo á remover la superficie, salian á luz en muchos sitios de los desmontes, multitud de pequeños ídolos de piedra y barro cocido, trastes de varios tamaños y figuras despedazados, y otra variedad de objetos que por su forma y la materia de que están contruidos, puede inferirse, sin temor de alejarse mucho de la verdad, el propósito y fin con que se usaron.

Los sitios donde mas á menudo aparecen estas cosas se notan á la simple vista como grandes montones que se levantan sobre el nivel aparente del terreno, y son llamados por sus actuales habitantes con la palabra *Cubes*, que es tal vez una variación que se le ha dado á la otra palabra *cúes*, con que generalmente se nombra á los pequeños promontorios formados por los escombros.

Antes de ocuparme en dar á conocer aquí los objetos que mas han llamado mi atención entre los muchos que han sido recojidos en las labores de San Francisco, diré dos palabras con respecto á la clase de vegetación que se encontró en aquellos montes, y poder de este modo conocer en lo posible los años que cuentan de abandono y olvido las ruinas que habian cubierto con su follaje.

He dicho anteriormente que estos montes eran de una espesura completa; la vegetación en ellos formaba una bóveda de eterna sombra, y la guapilla entapizaba ahí por completo el terreno, no permitiendo el paso mas que á los reptiles y las fieras que se escurrían, por decirlo así, bajo sus tallos.

¿Cuántos años, cuántos siglos habrá necesitado la naturaleza para formar sobre las habitaciones abandonadas por una generación, el paisaje grandioso y sombrío de aquellas montañas?

Para dar una contestación satisfactoria á tal pregunta, tengo hechas algunas explicaciones en mis artículos anteriores, referentes al crecimiento y desarrollo de las plantas que forman generalmente las selvas en Tamaulipas. Por tal razón, en este nuevo caso no haré otra cosa mas que recordar lo que he dicho con respecto á aquella vegetación, haciendo al mismo tiempo las aplicaciones que sean mas conformes al sentido comun y puedan servirnos de premisas para llegar á la consecuencia deseada.

TAMAULIPAS.

Lam. 4.<sup>a</sup>

Vista de Sn. Francisco al lado de la laguna.  
(Lugar donde existió una ciudad indígena.)

México, Lit. J. Rivera Ujeda y C<sup>o</sup>.

Muchos árboles gigantes de gruesos y arrugados troncos han sido respetados en aquellos sitios por los agricultores, é indudablemente si por estos árboles fuésemos á juzgar la edad de estas ruinas, encontraríamos que su existencia se remontaba á muchos años atras de la conquista.

Los árboles que acabo de mencionar deben ser en efecto muy antiguos: algunos de sus troncos llegan á tener hasta mas de dos metros de espesor, y su follaje elevado y de un verde constante, proyecta las mas veces una sombra de veinte á veinticinco metros de diámetro.

Mas la opinion que tengo de estos árboles es la de que ya llevaban muchos años de existencia, cuando fué fundada en aquellos sitios la indígena ciudad.

En dos razones puedo dejar fundada tal creencia; la primera es de que estos árboles gigantes se encuentran colocados en los espacios intermedios que separan á los escombros, sin que ninguno haya crecido sobre éstos; y natural es suponer que si tales árboles crecieron en una época posterior al abandono de la ciudad, no hubieran respetado los sitios ocupados por los cúes, como no los respetaron otros árboles de la misma especie ó familia que se encontraron creciendo sobre ellos, pero que eran mucho menores en proporciones y por consiguiente debian contar una menor edad.

La segunda razon la hago consistir en que estos árboles son higueros y comas, es decir, ambos producen fruta; y por tal causa debe creerse que los indios no los derribaron cuando quizá por primera vez practicaron en la selva primitiva que ocupó aquel lugar el desmonte, necesario para la formacion de la ciudad.

Por lo demás, el resto de la vejetacion era en San Francisco lo que es en las ruinas de la Palma y de Miradores, montes que á pesar de su aspecto secular son aún muy nuevos, si se atiende á lo que indican la generalidad de los árboles que en ellos se encuentran.

Hechas estas observaciones, paso á ocuparme en seguida de especificar aquí algunos de los objetos que he recojido de los terrenos de San Francisco, de los cuales para dar una idea clara y determinada, he sacado los dibujos que hago figurar en la tercera lámina de este libro.

A veces me ha parecido que cansaria la atencion de mis lectores con la descripcion minuciosa de todos estos objetos; pero á pesar de este temor, me he decidido á darla de algunos, porque en el estudio de estas cosas he encontrado muchas veces los indicios que han venido á

formar como un rayo de luz, iluminando á mis ojos la desconocida civilizacion de aquellos pueblos.

Los objetos de que me voy á ocupar; están todos formados de piedra y de barro cocido; pero ellos son bastantes á revelar el adelanto del indio en aquella parte de México, que no conociendo el uso del hierro y del acero, empleaba las primeras materias para formar la imágen de sus dioses, sus armas, sus vacijas y todos los otros utensilios que dedicaban á sus distintas industrias, ó al uso comun en el interior de la casa.

Lo que voy á manifestar es, pues, una nueva prueba de que los indígenas del Sur de Tamaulipas, habian dado ya, para la época en que se vieron precisados á alejarse de aquel suelo, grandes pasos en la vía de la civilizacion. No eran ya el salvaje que reunido con otro compañero espía en la montaña el paso de la caza para matar el hambre y dormir despues de haber comido, viéndose al dia siguiente obligado á la misma tarea de buscar su alimento por la cuerda de su arco, ó precisado á conformarse con las frutas silvestres de aquellas montañas, las mas veces ásperas é insípidas. Esa prueba primera tal vez en la infancia de las humanas sociedades, habia pasado para él, y se hallaba ya en ese primer período de civilizacion que ha comenzado por colocar al lado del hogar doméstico las cosas indispensables á las necesidades físicas de la vida; condicion precisa para que el hombre satisfecho en todas ellas pueda emplear su inteligencia en sacar de lo desconocido las reglas de algun arte ó industria, ó tal vez los razonamientos preliminares de una ciencia.

Verdad es que las imperiosas necesidades de la naturaleza humana han servido al hombre en muchos casos de fuertes estímulos para buscar los medios de satisfacerlas; y que esto lo ha guiado muchas veces á conseguir conocimientos útiles, de lo que nos ofrece la historia varios ejemplos; pero es indudable que el hombre que tiene los medios de satisfacer esas necesidades de su naturaleza, podrá siempre hacer mayores avances en su ilustracion, dedicarse con mas gusto y libertad á reunir conocimientos que le sean útiles en cualquier sentido, que aquel que sin otro recurso para verse satisfecho mas que su sola fuerza, tiene que emplear su tiempo en buscar el alimento preciso á su propia conservacion; pues en este caso el espíritu se abate, la fuerza moral del individuo decae y su embrutecimiento se hace cada vez mas palpable, é imposible su ilustracion y cultura.

Tambien es un hecho que la vida social vino á redimir al salvaje de

las grandes miserias que no pudo ménos de sufrir, cuando aislado y solo ó reunido si acaso en muy corto número, arrastraba una existencia difícil, en medio de una naturaleza que en cada uno de sus elementos, le presentaba un mortal enemigo.

La tribu, esa primera forma de las sociedades humanas, hizo que los hombres del desierto, comunicándose los unos á los otros los arranques de sus instintos, formularan así sus primeras ideas, encontrando en la vida de la comunidad esa fuerza estimulante y progresista que ha llegado á formar con los sencillos y primitivos elementos de la tribu, las mas grandes naciones.

Estas verdades demostradas por la experiencia en la marcha del progreso y civilizacion de todos los pueblos, tuvieron indudablemente su época en las razas que poblaron las Américas por las primeras edades del mundo.

Así es que cuando el hombre pregunta á la historia el pasado lejano de un pueblo que le es casi desconocido, y no encuentra consignada en sus páginas una respuesta satisfactoria, puede, siguiendo el hilo de todos estos razonamientos y en presencia de los monumentos, sepulcros y ruinas que de ese pueblo existan, llegar á conocer lo que en él fueron sus artes y sus ciencias, su legislacion y costumbres.

Vuelvo, pues, á ocuparme del análisis de toda esa diversidad de objetos que se encuentran en las ruinas indígenas de San Francisco, y en este nuevo trabajo seguiré el mismo orden que he observado en los dos anteriores.

Dije en otro lugar al hablar del pueblo antiguo de Miradores, que se hallaban en él unos objetos de figura triangular de tres ó cuatro pulgadas de lado, gruesos hasta una pulgada en uno de sus vértices y filosos en el lado opuesto.

Dí tambien las razones en que fundaba mi opinion de que tales objetos fueron usados por los indios en el trabajo de tallar el pelo de las pieles que curtian. Y todo lo que sobre este particular he dejado consignado tiene igual aplicacion al tratarse de la antigua ciudad indígena de San Francisco.

Una sola cosa hace creer que en este último punto el arte del curtidor se ejercia en mayor escala y con mas perfeccion que en el primero.

Es el caso que cuando los terrenos de las labores recién desmontados, fueron cruzados en todos sentidos por el arado, se descubrieron dos paredes de piedra, perdidas entre el terreno de una pequeña pendiente,

en el centro casi del espacio ocupado por los cües y próximas á la orilla de la laguna.

Aquellas dos paredes por mucho tiempo no se les dió explicacion ninguna, fueron desbaratadas en una gran parte, y las lozas que de ellas se arrancaban, se emplearon en poner los pisos y corredores de las nuevas fincas.

Cuando por primera vez me puse á examinar el sitio en que se hallaban estas paredes y la disposicion en que habian sido construidas, comprendí desde luego que aquello no fué otra cosa mas que una pila destinada al curtimiento de las pieles.

Las dos paredes tenian de largo seis metros, eran paralelas y separadas por un espacio de poco mas de un metro, su altura era de setenta centímetros y su construccion perfectamente dirigida.

No he podido hasta hoy conocer de qué materias estuvo compuesta la mezcla que sirvió para aquella construccion; que al cabo de tanto tiempo ha dado á las piedras una fuerza de union tan extraordinaria que costaba gran trabajo desprender las unas de las otras, y algunas veces rompiase mas bien el cuerpo de la loza dejando una de sus partes pegada á la otra.

El piso de esta pila estaba enlozado con grandes lajas que tenian todas una longitud suficiente á meter sus extremidades bajo los cimientos de las paredes paralelas.

Una de las cosas que mas ha llamado mi atencion en este hallazgo es tambien la clase de mezcla que sirvió para el revoque interior de la pila; pues en las lozas del fondo, muchas de las cuales se encuentran colocadas actualmente en los corredores de la casa principal, se nota aun distintamente una capa delgada de una materia roja tiñendo toda la superficie de la piedra que quedaba comprendida en la parte del fondo limitada por las líneas paralelas de los cimientos de las paredes.

Esta capa rojiza que tendrá un espesor de una y dos líneas; y es mucho mas gruesa al bordo de las lozas, indicando con esto que en las juntas del piso, la mezcla se aglomeró en mayor cantidad, está de tal manera adherida á la piedra, que solo por medio de fuertes golpes de martillo se consigue desprenderla rota en pequeños pedazos.

En vista de estos resultados puede asegurarse que esta clase de mezcla mejoraba en mucho al mejor cimiento romano, de cuya circunstancia se deduce como consecuencia precisa que los antiguos habitantes

de San Francisco muy poco tuvieron que envidiar á los avances de la ciencia contemporánea con respecto á las construcciones hidráulicas.

Ha sido tal la manía que se ha tenido hasta hoy por muchos escritores, de calificar á los antiguos indígenas que poblaron las distintas partes de México, de brutos y salvajes, que nada extraño será que algunos al leer esto, no le den ningun crédito y lo califiquen de creaciones puramente mentales. Pero á éstos les diré, que lo que voy consignando en estas líneas, puedo señalarlo con la extremidad de mi dedo en los lugares de que vengo tratando, y que tengan en cuenta que desde el momento en que doy á la prensa estos cortos razonamientos, voy sujetándolos al criterio y juicio que de ellos pudieran formarse los actuales habitantes de aquella comarca, y esto lo hago con entera confianza, conociendo como conozco de antemano que entre ellos mismos se encuentran de todos estos hechos numerosos testigos.

He dicho que la construccion á que acabo de referirme fué el recipiente donde seguramente colocaban los indígenas las pieles que querian curtir, y tal suposicion no solo la fundo en la circunstancia de estar situada esta pila cerca de la orilla de la laguna, lo que hace suponer desde luego que fué construida en tal situacion con el fin de poder sin mucho trabajo surtirla del agua necesaria para el lavado ó preparaciones de las pieles, sino que ademas, otros indicios de mayor consideracion han venido en apoyo de esta conjetura.

En un lado de esta pila se hallaron colocadas junto á la parte superior de una de sus paredes, dos lozas de mayores dimensiones que las del fondo y perfectamente lisas y planas. En estas lozas se extendian sin duda las pieles cuando se trataba de quitarles el pelo. Entre la capa ligera de tierra que cubria aquellas lozas y sus costados, se han recojido varios de los triángulos de piedra y barro que servian para tallar la piel, y cuya forma se ve señalada en la lámina tercera con el número 8. Uno de estos triángulos es un poco mayor que los demas de su especie, y está formado de una piedra negra muy bien bruñida y lustrosa, y de la dureza y pesantez propias del mármol. Todo esto, repito, dá á mi aseracion de que aquello fué una pila de curtidor, tales fundamentos, que no deja lugar á la menor duda sobre este punto.

La circunstancia de que esta construccion se encontrase tapada por el terreno, tiene una explicacion bien natural y sencilla. Todo en los escombros ó cües de San Francisco hace suponer que las habitaciones de que provienen, fueron formadas con adobes de lodo batido; pues que en

algunos de ellos se notan aún algunas cintas de tierra de distinto color y clase que la que es ahí comun, indicando los cimientos y trozos de pared, que derribadas las unas sobre las otras, forman aquella série de pequeñas elevaciones que señalan las ruinas.

De esto resulta, que las paredes que resguardaban la pila de la intemperie, la cubrieron al derribarse y tal fué el motivo de haberse encontrado en estos tiempos tapada casi por el terreno.

La figura 9 de la lámina citada anteriormente, representa la parte filosa de una hacha: es de una clase de piedra sumamente dura, y demuestra que con ella ú otras de su especie pudieron muy bien trozarse las maderas que los indígenas utilizaron en sus construcciones.

Las figuras señaladas con los números 10, y 11 son indudablemente armas que indican que aquellos indios usaban pesadas mazas agudas ó filosas, en sus combates. Como lo representa la primera de éstas, es una especie de hacha de dos filos, pues aunque tiene rota una de sus puntas, se concibe claramente por la naturaleza de la fractura, que en un tiempo estuvo completa. Esta tiene un tamaño de veintidos centímetros de largo y ocho de ancho en el centro, siendo éste mayor en su parte cortante, y está perforado en medio por un orificio donde con facilidad puede asegurarse un palo.

Las dos segundas son de distintos tamaños; la mayor, cuenta cincuenta centímetros de longitud y la otra treinta y ocho. Están construidas de la misma clase de piedra que la primera, aunque como se vé, son de una forma completamente distinta á aquella, pues éstas tienen un cabo ó mango redondo labrado de la misma piedra toda la pieza; uno de estos cabos, el de la maza mayor, parece ser que no está completo del mango, y que se le fracturó alguna pequeña parte en su extremidad inferior.

Como se vé en el dibujo, la mayor tiene tres picos agudos y filosos, á pesar que se encuentran, como natural es suponer, muy maltratadas, y la mas chica tiene un solo pico. Con cualquiera de estas dos mazas podria un hombre de mediana fuerza hacer pedazos indudablemente la cabeza de un enemigo.

Con respecto á armas no he encontrado en los escombros de San Francisco, mas que las que dejo mencionadas; y del mismo modo me ha llamado en estos sitios la atencion, el no encontrar ningun objeto que pudiera suponerse la punta de una flecha ó lanza, cuando los mismos españoles que sostuvieron combates con estos pueblos, al hablar de sus armas, hacen referencia mas bien á las flechas que á ningunas otras.

Mas con respecto á este asunto, he dicho ya al tratar en mis artículos anteriores de los pueblos de Miradores y la Palma, las observaciones que me han parecido mas lógicas y oportunas; y por tal razon dejo de hacerlas aquí.

La figura que bajo el número 14 se vé en la litografía, está formada de una especie de loza brillante de color verde oscuro, y no puede haber sido usada con otro fin mas que como un adorno de los muchos que usaban las indias, segun lo afirman algunos escritores, en el cuello, en las orejas ó nariz.

El jarro roto en una de sus partes que lleva el número 15, así como la arteza que está á su lado, pertenecen á esa multitud de objetos que los indios usaban en la vida interior de la familia, y de los cuales podria decirse de una manera general, que vienen á ser al presente una prueba inequívoca de que aquellos pobladores se sabian proporcionar para todas y cada una de sus necesidades ó costumbres, los objetos adecuados á cada una de ellas.

De esta clase de piezas tengo un gran número de ejemplares, y no me extiendo á dar aquí una reseña de todos ellos, porque esto seria largo y cansado; y porque por otra parte creo suficiente para el fin que me he propuesto esclarecer, la cita que hago de las dos piezas anteriores.

La cabeza cuyo dibujo se mira señalado con el número 13, es por su forma y el estilo de los adornos que se notan ella, de las mas raras que se han encontrado en las ruinas. Su tamaño es de cuatro pulgadas y está formada con un barro rojo muy comun en todos estos objetos.

Lo que mas abunda en las ruinas de San Francisco son cabezas pequeñas de ídolos de esta clase, razon por lo que me ha sido fácil reunir un gran número de ellas.

No he podido aún explicarme esta profusion de muñecos de barro cocido á que acabo de referirme, y aunque en otro lugar los he llamado ídolos, por suponérseles así generalmente, sin embargo, al tener en consideracion que los indígenas labraban sus dioses por lo comun en grandes trozos de piedra, y los hacian colocar en un lugar determinado en el centro del pueblo, como se hallaron en las ruinas de la Palma, he llegado á dudar que estas figuras pequeñas de barro, y que en tanto número se hallan diseminadas en las labores de San Francisco, fuesen realmente imágenes de los dioses indígenas, y he estado inclinado á creerlos mas bien bustos, en los que se trataba de representar el perso-

1020004168

nal de los gefes de familia ó de las personas de alguna manera notables entre aquellas gentes.

Con respecto á este punto, creo que todo lo que pudiera decirse no tendría otro valor mas que el de meras conjeturas, y por lo mismo renuncio á extenderme mas en una cuestion, que aunque no carece de interes, puesto que se trata nada ménos que de calificar el grado de adelanto y cultura de aquellos habitantes, no se tienen respecto de ella los datos necesarios para poderle dar una resolucion definitiva.

La figura 12 de la litografía, representa una pieza negra y porosa de cerca de un metro de largo y sesenta centímetros de ancho; acompañada de un cilindro de la misma clase de piedra, de cincuenta centímetros de longitud.

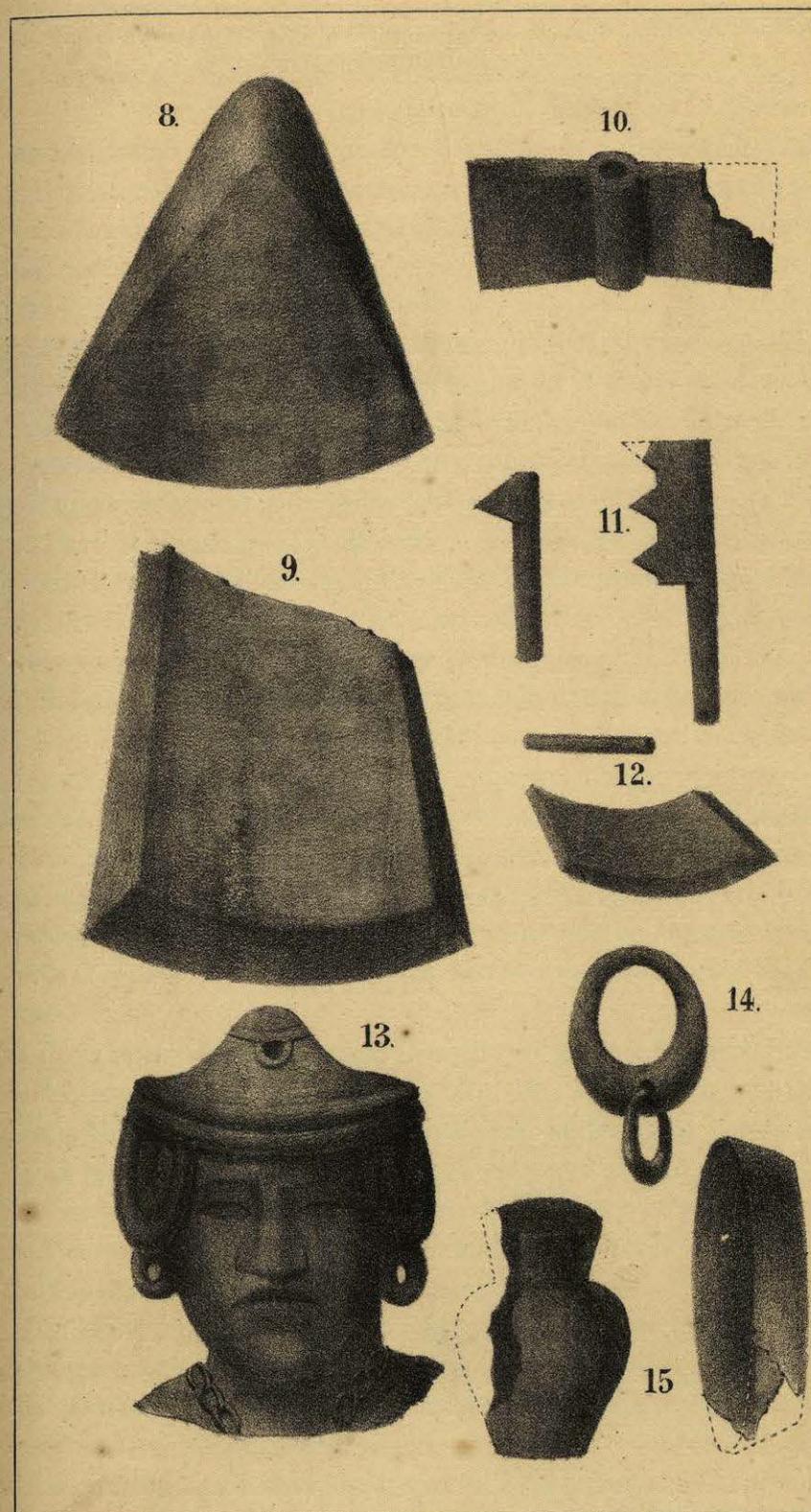
Esta piedra es lo que se llama generalmente un metate, aunque carece de los tres piés que por lo comun tienen los que se usan en el dia.

Al hablar de esta clase de útiles, diré que muy raros son los que se han encontrado en los sitios mismos que ocupan los escombros, y que por lo regular se hallan estas piezas amontonadas en lugares situados fuera de las ruinas ú ocultas en grandes pozos. Así como tambien se han encontrado algunos en la Palma y Miradores, diseminados por el monte fuera del círculo ocupado por los cúes.

Hace algunos años llegó á mi noticia un descubrimiento hecho dentro de los límites de la jurisdiccion de Pánuco, en la extension de terreno que lo separa del rio Tamesí. Este descubrimiento consistia en una escavacion llena de un número considerable de piedras negras, porosas, ligeramente arqueadas, que fueron utilizadas por los actuales habitantes de aquellos alrededores como metates en el uso doméstico.

Atenciones particulares no me permitieron visitar en aquel entónces, el sitio en que se habia hecho este descubrimiento, y tuve que conformarme con los informes que sobre el particular me dieron algunos de los propietarios de mas consideracion en rio Tamesí, y que son los que acabo de referir.

La explicacion que puede dársele á esta reunion de metates en lugares que están fuera de las ruinas, ó á los muchos que se hallan á menudo diseminados en las inmediaciones de éstas, es la de que el gefe ó gefes al verse la ciudad asediada por los españoles cuando la guerra de conquista, determinaban el abandonarla, y para obligar á salir á todas las familias que formaban el pueblo, hacian recojer todas estas piezas que eran de las mas necesarias en el uso doméstico, puesto que en ellas



México, Lit. J. Rivora, Hijo y C.<sup>o</sup>

Antigüedades indígenas del Sur de Tamaulipas.

molian el maíz para las tortillas; en las que el indio ha hecho siempre consistir su principal alimento.

Es de notarse tambien que esta especie de metates por lo regular se encuentran sin las *manos* que son necesarias para que el aparato sea completo; y esto la única explicacion que tiene para mí, es la de que los indios las tomaban como unas piezas que bien podian servir de armas para el combate; si no como mazas, sí á lo ménos para proporcionalarse con ellas piedras para las *hondas*.

Antes de pasar á decir algo con respecto á los cúes que se encuentran á un lado del punto á donde sale á la laguna de Champayan, el estero llamado de la Cebadilla, haré constar aquí que en las ruinas de San Francisco, á las cuales he dedicado los presentes apuntes, no construyeron los indios sus casas de piedra como se nota en Miradores y la Palma, sino de piezas de lodo batido, como lo he dicho anteriormente; y esto se explica por la circunstancia de que en San Francisco no se encuentra la piedra de que labraban ellos todas sus piezas, con la abundancia con que se halla en los dos puntos citados.

El estero de la Cebadilla, es una especie de arroyuelo formado en su origen por la reunion de algunas zanjas que dividen las lomas de los agostaderos, al Poniente de la villa de Altamira. Este arroyuelo no corre sino en la época de las lluvias, pero su proximidad con la laguna, hace que sus aguas sean permanentes en cerca de dos leguas ántes de su salida á ella, formando esteros profundos que serpentean entre la espesura de un monte, encontrándose de distancia en distancia en sus orillas, algunas extensas plazoletas donde á menudo agostan los ganados.

Cerca de quinientos metros al Poniente del punto á donde se une á la laguna este estero, están situados otros cúes indígenas, que hoy día se les dá tambien el nombre de las ruinas de la Cebadilla; pues como todas las otras de que he hablado no se conoce su nombre primitivo.

Estas ruinas representan haber sido en otro tiempo un pueblo de ménos consideracion que los tres de que he tratado ya; pero á juzgar por la disposicion que denotan los escombros y los pocos objetos que en ellas llegué á recojer, es indudable que las familias que las habitaron, pertenecieron á la tribu ó nacion que pobló las anteriores, y que tenian las mismas costumbres y usos que ésta, pues que ahí se recojen en gran número, trozos de barro y de piedra, que indican pertenecer á los mismos utensilios que he descrito al hablar de las primeras.

Una sola cosa de notable encontré al visitar las ruinas de la Cebadilla, y fué una especie de estanque ó jaguey de forma casi circular, de doce á catorce metros de ancho y rodeado de un borde de piedras irregulares, pero combinadas entre sí lo bastante para evitar el derrumbe.

Este estanque es muy poco profundo; en su parte céntrica tiene apenas un metro cincuenta centímetros, y en su fondo se notan algunos puntos empedrados con piedras planas y desiguales.

Me he convencido al examinar este estanque, que fué practicado por los indios con el fin de recojer en él el agua suficiente al consumo de la congregacion, á lo ménos en la estacion de las lluvias en que aquel suelo se vuelve casi un pantano, y evitarse de este modo el tener que transitar por las veredas que bajan á la laguna ó al estero, en busca del agua, como se hubieran visto precisados á hacerlo sin este recipiente.

Habia olvidado hacer mencion al ocuparme de la finca de San Francisco, que en el centro de los cúes antiguos que existen en las labores se halla tambien un jaguey mucho mayor que el que acabo de mencionar, con la diferencia que es ménos profundo, y por tal motivo conserva el agua ménos tiempo que aquel; y esto tal vez es debido, á que no está rodeado de piedras como el primero y que el terreno que lo rodea, siendo como es bastante elevado, se ha ido derribando paulatinamente con las lluvias anuales y ha llegado á ensolvarlo en gran parte.

Lo que hay que notar en estos jagueyes ó estanques indígenas, es que en la época de las lluvias en la que naturalmente se llenan, su agua se encuentra siempre de mejor sabor que la de la laguna y es ésta preferida por los que hoy habitan aquellos lugares.

Para tratar ahora de los otros cúes antiguos que se conocen en la comprension de Altamira, me es preciso ántes decir aquí algo sobre la forma que tiene la laguna de Champayan en cuyas orillas se encuentran.

Esta laguna mas bien que una sola, es una serie de lagunas, ligadas las unas á las otras por anchos brazos ó esteros, y no interrumpidas en un espacio que mide desde la congregacion de Tancol en la municipalidad de Tampico, hasta el rancho de Ratones, situado á unas doce leguas al Poniente de Altamira.

En esta larga cadena de lagunas que se halla limitada al lado del Norte por los terrenos de Tancol, Altamira, San Francisco, Estero de la Tuna y rancho de la Chaca, y al lado del Sur por la cinta de tierra que forma la márgen izquierda del rio Tamesí, se encuentran situadas

varias isletas, algunas de ellas de gran extension en las cuales habitaban los indios, cuando en 1521 se presentaron en aquellos lagos las tropas que conducia Cortés.

De estas isletas, citaré una de las mayores llamada la Mata del Muerto, que tiene una longitud de Sur á Norte de cerca de una legua y casi divide la laguna de Champayan en dos partes, dejando al lado del Este las lagunas que se extienden por los ranchos de la Habra de las Matas, la Salada y San Francisco hasta Altamira; y casi cerrando al lado del Poniente una laguneta bastante extensa que algunos llaman laguna de la Chaca, por hallarse situado en sus orillas el rancho de este nombre.

En la Mata del Muerto, cuya isleta está al presente cubierta por un espeso monte, á excepcion de algunas pequeñas labores pertenecientes á unas fincas que en ellas se encuentran, existen algunos cúes indígenas de la misma especie que los de San Francisco y los de la Cebadilla, en los cuales, de la misma manera que en aquellos, se recojen restos de trastes y figuras pequeñas de barro, que revelan haber habitado ahí una raza idéntica en costumbres á la que habitó todos los otros.

En esta isleta se halla tambien una especie de estanque en la parte mas elevada y céntrica de los escombros.

Despues de esto haré mencion aquí de otros dos lugares de la márgen izquierda del rio Tamesí en que se notan cúes, que sin duda pertenecieron á congregaciones indígenas de alguna importancia.

El primero de estos puntos está á unos mil metros arriba de la finca de Palmas Altas, y son en los cuales dije en otro lugar que se habia hallado un Labrador algunos toscos tejos de oro macizo.

El segundo punto se encuentra á un cuarto de legua mas abajo del lugar en donde sale al Tamesí el estero llamado del Zapatero, que es una de tantas vías de comunicacion que tienen las aguas del rio con las de la laguna.

Estos cúes son demasiado elevados para creer que estén formados con las solas paredes derruidas de las casas ó construcciones indígenas; lo cual hace suponer que para evitar que el agua del Tamesí en sus avenidas periódicas inundara aquellas habitaciones, se practicaron por los indios terraplenes parciales para colocar cada una de ellas.

Para concluir con la relacion que me he propuesto hacer de todas las ruinas que se encuentran en la demarcacion administrativa de Altamira, haré referencia á las que se hallaron en un desmonte hecho en los terrenos del rancho del Chochoy, como una legua al Norte de dicho pun-

to, y cerca de las márgenes de un arroyo, que yendo á pasar por el rancho de Tancuayave y uniéndose con otros de la municipalidad de Aldama, forma despues el estero que llaman de Barberena y desemboca á la laguna de San Andrés.

Podría asegurar que en las orillas de este arroyo existen desconocidos otros restos de pueblos antiguos ocultos al presente por montes impenetrables. Y esta idea la he tenido al ver el lugar donde se hallan situadas las ruinas que acabo de mencionar; pues que es indudable que siguiendo el curso del arroyo citado hácia el Este se encuentran muchos sitios en sus orillas, que aunque no están explorados por completo, ofrecen sin embargo, á la simple vista; mayores ventajas en todo sentido para habitar en ellos, que aquel en que se encuentran estas últimas ruinas.

Otros cúes indígenas que parecen ser de mayor consideracion que los que están situados al Norte del Chocoy, son los que se encuentran en lo mas espeso del monte que se extiende al lado del Sur, y como á dos leguas distantes de este rancho.

Estos cúes me fueron conocidos debido á una mera casualidad.

Cuando principié por los años de 61 y 62 á explorar el Sur de Tamaulipas, practiqué un reconocimiento en los terrenos pertenecientes al Chocoy, con el objeto de conocer á punto fijo sus linderos, y con este fin tracé un alineamiento de Norte á Sur, que partiendo del centro de este rancho me internó en el monte de que he hablado.

Habia avanzado ya dos leguas y me hallaba en lo mas escondido de esta montaña, cuando descubrimos unas ruinas indígenas, sobre las cuales se habia levantado el monte por completo y con mas fertilidad que en sus alrededores. Estas ruinas estaban indicadas como generalmente lo están todas de las que he tratado hasta ahora, por pequeños montones que se elevaban hasta mas de un metro sobre el nivel natural del terreno.

Uno de los hombres que llevaba conmigo, recojió en uno de aquellos montones un cántaro de bonita forma, de cuarenta y cinco centímetros de tamaño y de paredes bastante gruesas; por cuya razon tal vez, lo encontramos muy bien conservado y sin lesion alguna.

En el centro de estos cúes se hallaba un pequeño estanque muy parecido en su forma y disposiciones al que he descrito al hablar de los de la Cebadilla, pues tenia la misma forma circular y estaba como aquel

rodeado de una pared de piedras irregulares, entre las cuales se encontraban algunas lozas planas y lisas.

En estos dos pueblos indígenas que existieron en los terrenos del rancho del Chocoy, se encuentran de la misma manera que en los anteriormente descritos, trozos de jarros y de pequeños bustos de barro cocido.

En vista de todo lo dicho con respecto á las ruinas indígenas que se encuentran en esta parte del Sur de Tamaulipas, se viene en conocimiento que á principios del siglo XV una tribu ó nacion bastante numerosa, y cuyos conocimientos en varios ramos del saber humano estaban ya muy avanzados, pobló aquellos sitios, levantando en ellos grandes ciudades y numerosos pueblos secundarios. El centro ó capital que esta nacion reconocia, era sin duda alguna, la ciudad de la Palma, en donde tal vez residian sus casiques ó gefes; pues esto se deduce de que en estas ruinas se encuentran las pirámides que he descrito en otro lugar; en ellas se nota tambien mas regularidad en la disposicion correlativa de los escombros, mas trabajo emprendido en la preparacion de las piedras que se emplearon en aquellas construcciones, y por último de que este punto está rodeado por todos los otros restos de poblaciones antiguas á que me he referido; de tal manera que podria decirse que todas quedan comprendidas en el círculo que se trazara haciendo centro en la Palma, y con un radio de diez leguas aproximadamente.